

---

## EL DOLOR DE VIVIR

ROBERTO SÁNCHEZ BENÍTEZ

Nosotros sentimos que incluso si todas las *posibles* cuestiones científicas pudieran responderse, el problema de nuestra vida no habría sido más penetrado.

L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*

Sin duda que el cuento “El dolor de María. Un cuento de neurociencia ficción”, de José Luis Díaz, publicado por esta revista, resulta inquietante. Me parece que es, ante todo, un alegato en favor del dolor y de la vida, si bien bajo la forma de “defenderles” del reduccionismo neurofisiológico. No es extraño que María fracase (al grado de querer suicidarse) ante el intento de recuperar el dolor gracias a un experimento físico y que, en cambio, tenga mejor suerte con un sueño que le devolverá tal sensación. Poco a poco el relato nos va convenciendo de que el dolor no es algo que debamos atribuir exclusivamente al influjo del mundo externo, a la acción de las cosas “peligrosas” o “malas” sobre la integridad física del cuerpo, resultado del “golpearse y herirse”, y del que se tengan sensaciones agradables o desagradables, como tampoco es algo que debamos referir exclusivamente al funcionamiento cerebral, así sea incorporando un número mayor de sus zonas (la narración se refiere a las que tienen que ver con las cognoscitivas, emocionales y de la memoria). En suma, el relato nos va convenciendo de que el dolor tiene más que ver con “cualidades de la conciencia” que con “estados cerebrales”.

Pero no sólo eso; María desarrolla una palabra equivalente a la del “dolor”, *ersatz*, la cual, se nos dice, le permitirá sobrevivir. Este planteamiento permite ampliar la idea de que el dolor está vinculado al cuerpo, a la conciencia, al lenguaje y, como el cuento lo sostendrá casi al final, al conocimiento. (¿Cuáles serán las palabras del dolor? ¿Es capaz el lenguaje de conjurar el dolor, el sufrimiento, la angustia de exorcizar los demonios del deseo, como apuesta el psicoanálisis? ¿Es la poesía uno de los lenguajes del dolor?) El gato que aparece en el cuento, y al cual María nombra “Descartes”, sugiere la idea de que algún nexo deberá existir entre el dolor

---

Escuela Popular de Bellas Artes, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. / iliada85@hotmail.com

Este texto comenta el artículo de José Luis Díaz (2002), “El dolor de María”, *Ludus Vitalis* 10 (18): 149-154. Disponible en [www.ludusvitalis.org/debates](http://www.ludusvitalis.org/debates).

*Ludus Vitalis*, vol. XI, num. 20, 2003, pp. 221-224.

y el lenguaje. El gato siente dolor pero no lo puede expresar; María tiene el lenguaje pero vive sin la sensación del dolor, por ello se acompañan. Cuando María recupere la sensación del dolor, el gato aparecerá muerto.

Wittgenstein señaló, en alguna ocasión, que de lo que no podemos hablar resulta mejor callarse, como si tuviéramos que ir más allá de las proposiciones para encontrar una visión inédita del mundo. De lo que no podemos hablar es de aquello que se manifiesta en el lenguaje y que, sin embargo, no puede ser articulado en términos lingüísticos. Aquello que se muestra en el lenguaje no es decible en el mismo lenguaje<sup>1</sup> (*Tractatus Logico-Philosophicus*, proposición 4.12.12). Wittgenstein se refiere a la posibilidad de ir más allá de los hechos; a reconocer que existe algo inexpresable<sup>2</sup>.

El dolor sería una de estas experiencias, a la vez que tendría un carácter universal, si pudiéramos hablar de esta manera. Más allá de todo lenguaje particular, de toda cultura o sociedad, el dolor es reconocible en cualquiera de sus formas o manifestaciones. Todos podemos reconocerlo, basta ser humano. En la actualidad debería hablarse más de lo que nos une, a saber, la condición de víctimas, explotados, humillados, marginados, que las famosas diferencias sobre las cuales se quiere afincar el futuro de las sociedades (el "carnaval de las diferencias", como le llama Charles Taylor). Diferencias que acaban en élites, grupos privilegiados que reivindican su incommensurabilidad política, social y económica y que, por ende, reblandecen el tejido social, el que requiere ahora de más operaciones de sutura. Será el tipo de experiencia el que articule, en el lenguaje, un mundo diferente a aquellos que adolecen de la misma. Por ello, "el mundo de los felices es distinto del mundo de los infelices<sup>3</sup>" (*Tractatus Logico-Philosophicus*, proposición 6.43). Que el dolor incluya a la conciencia (incluso a la "mala", por aquello de hacer lo que no se debe, lo que se sabe que ocasiona precisamente algún daño), nos parece necesario.

El cuento de José Luis Díaz plantea entonces el reclamo del dolor para la vida, la conciencia, el lenguaje y el conocimiento, y quizá no tanto para la ciencia y su criterio objetivista-materialista. La vida fisiológica, siguiendo nuevamente a Wittgenstein, o la psicológica, no es la vida, sino que "la vida es el mundo". El sueño que saca a María de su estado "anestésico" no deberá ser considerado, en ningún momento, como intervención de algo "sobrenatural" o "metafísico" o "espiritual", en el sentido despectivo o no científico del término, sino simplemente como un acontecimiento más en el mundo al que nuestra presencia pone límites. Aun cuando pareciera ir más allá del funcionamiento del cerebro y de los circuitos que unen el mundo externo, gracias a la percepción o sensaciones, con el interno, del que por cierto pocas imágenes tenemos (la "caverna" platónica, el "templo" o "ruina" del romanticismo, el "laberinto" nietzscheano), el dolor no es algo incorpóreo. Díaz lo plantea de manera interesante

cuando comenta la búsqueda de María como análoga a quien quiere encontrar la gravedad cavando en la tierra.

La palabra equivalente al dolor que María forja le permitirá entonces sobrevivir, tomando conciencia del peligro, de sus necesidades y —nos hubiera gustado que así hubiera quedado en el relato— del deseo (María “había aprendido a sentir el deseo de evitar los estímulos dañinos al cuerpo”). Es sobre estos dos últimos aspectos que nos gustaría insistir. Si hay alguien que en filosofía llevó el dolor hasta el nivel de hacerlo esencial a la vida, y con la esperanza de que, frente a él, tuviéramos una actitud estoica, casi de desprendimiento y como aceptando su eventualidad e inevitabilidad, ha sido sin duda Schopenhauer al que, como se sabe, Nietzsche y Wittgenstein leyeron con pasión. Para el autor del *Mundo como voluntad y representación* (1818), el dolor se encuentra unido, indudablemente, a la voluntad y al deseo. Para Schopenhauer, el dolor es el obstáculo que dificulta la satisfacción plena del deseo. Es lo que se interpone entre la voluntad y sus fines; lo que impide que la voluntad se realice. El dolor impide la satisfacción de una necesidad; es lo que no permite salir de un estado de insatisfacción, la no posibilidad de superar estados de insatisfacción o displacenteros. El problema es que nunca saldremos de la falta, como bien lo ha demostrado el psicoanálisis, es decir, siempre seremos seres necesitados, deseantes, nunca satisfechos con lo alcanzado. De ahí que al deseo le sea consustancial el dolor, puesto que nunca se verá plenamente satisfecho. El deseo será, en consecuencia y por naturaleza, doloroso, a la vez que permite que la necesidad vuelva a surgir y que podamos escapar del aburrimiento, de la soledad, del vacío. Nos libera de una muerte prematura. El deseo, y su dolor asociado, impide que la vida caiga en el hastío o el cansancio de ver colmado, siempre, todo aquello a lo que puede aspirar. De ahí que la vida esté condenada a florecer entre el dolor y el hastío; entre el sufrimiento y el placer. En el cuento de Díaz, María estaría entonces luchando por vivir, a la vez que evalúa las posibilidades que la ciencia le brinda para ello. Dicho de otra manera, sin el dolor, ella tendría pocas posibilidades de sobrevivir. El dolor, como después será la muerte con Heidegger, marca el sentido del vivir, así sea para estar evitándolo constantemente. Ya Maquiavelo sostuvo alguna vez que “la mejor manera de ir al paraíso consistiría en tomar el camino del infierno, para evitarlo”.

Para Schopenhauer, tanto las plantas como los animales son sensibles, aspecto que, como bien recuerda el cuento de Díaz, Descartes no concede por el peligro de atribuirles alma, de ahí que experimenten el dolor a cierta escala. A medida que el conocimiento se hace claro, y la conciencia se desarrolla, el dolor se hace más intenso. Mientras más grado de conciencia tiene un ser, más intensa es la experiencia del dolor. “Cuanta más lucidez de conocimiento pone el hombre y más elevada es su inteligencia, más

violentos son sus dolores <sup>4</sup>”. La consecuencia no se deja esperar: el genio es quien más padece.

Así, la vida misma es la que no puede estar conforme consigo misma, y tiene al dolor como acicate. Es él quien permite renovarla, dejándola en libertad de decidir por donde mejor le convenga. Vida interminable, obligada a vencer los obstáculos que se le presentan. Lucha de la cual aprende, sin duda alguna. Seres incompletos, insatisfechos del todo, en una palabra, vivos. Seres que no podrían ser sin la ausencia. No somos, en consecuencia, más que la “concreción de mil necesidades”. Sin el dolor no sabríamos cómo orientarnos por la vida, qué evitar, qué aborrecer, cómo elaborar estrategias de sobrevivencia, cómo vencer a la catástrofe, al derrumbe que cotidianamente pareciera acechar la existencia humana; la miseria de todos los cuerpos desposeídos. No sabríamos cómo resolver la tensión entre el azar y la necesidad, entre el orden y el caos, entre el cielo y la tierra. No sabríamos cómo continuar viviendo. “La vida de la mayor parte de los hombres no es más que una lucha constante por su existencia misma, con la seguridad de perderla al fin <sup>5</sup>”.

Reconocer todo lo anterior no querrá decir sumirse en un nihilismo pasivo, en cierto pesimismo que ensombrece todo actuar y que nos condenaría a la inactividad; por el contrario, significa valorar el sentido de la vida y estar mejor preparados para enfrentarla. De cualquier manera, como sostiene Schopenhauer, todos tenemos nuestra cuota o medida del dolor y sufrimiento, la cual está predeterminada, y más allá de ésta existe un umbral ante el cual se detiene la posibilidad de su experiencia. Como hemos señalado, el dolor es inevitable, lo cual quiere decir que no todos lo viven de la misma manera. Esta consideración nos permite tener una actitud estoica ante la vida y ser capaces de una ecuanimidad de ánimo. Resulta más doloroso negar el dolor que aceptarlo en todas sus formas, a pesar de que sólo podamos cambiar unas por otras. Schopenhauer consideró que toda “biografía es una historia del dolor”; José Luis Díaz coloca, en su cuento, a María camino del deseo y el dolor, consumiendo sus modos y tiempos, tomando conciencia del vivir.

#### NOTAS

- 1 Wittgenstein, Ludwig (1987), *Tractatus Logico-Philosophicus*, México: Alianza, p. 87.
- 2 Wittgenstein, L. (1986), *Diario filosófico (1914-1916)*, México: Planeta / Agostini, p. 90.
- 3 Wittgenstein, L., *Tractatus...*, p. 199.
- 4 Schopenhauer, Arthur (2003), *El mundo como voluntad y representación*, México: Porrúa, p. 313.
- 5 Schopenhauer, A., *ibid.*, p. 316.